

...Allí al fondo, nada más pasar las trescientas curvas que le esperan, joven. Y trescientas curvas después aterrizas en el reino del dinero, el lujo y la limpieza. Las calles de Montecarlo están hechas de un material especial que aspira la suciedad. O tiene la brigada de barrenderos más eficaz de la tierra. El solar donde reinan los Grimaldi es un trozo de tierra ganado al mar. Mónaco es Montecarlo y cuatro cosas más. También es Estefanía, Carolina y el Casino.

Un país tan pequeño, tan soberano y con tanta presencia en las revistas del corazón tiene que hacer algo para darse importancia. Si la bajada desde la autopista Niza-Génova se realizara directamente, en dos minutos te sales del país. Para eso están las curvas, para que el paseo por el Principado dure una eternidad.

Es posible que si un español lanzara una moneda desde lo alto y tuviera un amigo esperándola a la puerta del Casino y si la suerte acompañara, antes de que el lanzador llegara a la ruleta, el amigo podría haber hecho saltar la banca.

Bueno pues nada más llegar a posar la planta del pie en las 192 hectáreas que componen el Principado puede que te encuentres con la policía que amablemente te advertirá que si buscas el Palacio de Rainiero y se te ocurre subir en coche es muy posible que acabes en el calabozo.

Para comenzar la gira este toque de emoción no está nada mal. Luego el plato

fuerte es tratar de encontrar una colilla en el suelo de Montecarlo. Invitan a champán si lo consigues. Otro concurso que tiene gran predicamento es hacer un cálculo en pesetas de lo que pueden costar los coches aparcados en cualquiera de sus calles. La entrada al Casino no la pagas si te aproximas dos millones arriba o abajo.

Un pobre

Uno va a Mónaco por varias cosas: para ligar con Estefanía, para tratar de cumplir el sueño dorado de ver a Carolina, para arruinarse en la ruleta o para saludar a Cocteau. Lo más sencillo es el arruinamiento.

Y también está el morbo: ¿Habrán pobres en los semáforos? Pues no, no hay. Y el único pobre que había no era de allí. Se llamaba Luis Feito y declaró ser natural de Pontevedra. Con una estrafalaria indumentaria, propia de un hippy de los 60, el tal Luis se paseaba tan

contento por La Condamine con aspecto de no haber visto un buen bocadillo de tortilla en el último mes.

Contó que había ido a ver a España jugar el Mundial y que en mala hora decidió acercarse a Venecia. Allí le robaron la cartera y ahora estaba intentando llegar a España a pie. Como historiador no está nada mal. Fue al consulado español en Mónaco y el cónsul muy amablemente le informó que aquel consulado era meramente honorario y no estaba para atender españoles descarriados, a no ser que el interfecto se llamara Seve.

A lo mejor Luis ya ha llegado a Pontevedra quitando del paisaje monegasco al único pobre visible.

Los Grimaldi

Todo este asunto de Mónaco comenzó allá por el 1297 cuando un tal Francesco Grimaldi, de ignorada profesión aunque parece que bucanero, salió de Génova y acompañado de un grupo de fieles seguidores disfrazados de monjes, se hizo con el promontorio rocoso. Tal que así:

-Buenos días garçon. Dominus casinus.

-Será voviscum, hermano.

-No nos liemos que están aquí los del Hola para la exclusiva.

Y los intrépidos monjes se hicieron con el principado. No por mucho tiempo porque el tal Francesco fue expulsado de allí. Pero los Grimaldi no son moco de pavo y otro Grimaldi, en 1308, compró Mónaco desde Génova. Y hasta ahora.

Nadie sabe si son muchos o pocos los habitantes "reales" que tiene Mónaco aunque seguro que hay más monegascos emboscados tras la exención fiscal que

